

COLOMBIA

EN EL HOMENAJE A FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS

Excelentísimo y Reverendísimo Señor (1), Reverendos Padres, señoras, señores:

Os invito a salvar con el pensamiento el mar Océano, aquel antiguo «mar tenebroso» que hace más de cuatro centurias desafiaron y vencieron tres carabelas españolas de remo y trapo. Con la imaginación remontad esos siglos, y, llegados a las costas del mar Caribe, recorred tierra adentro, si pudiereis, en compañía de un puñado de hombres, demacrados y hambrientos, vestidos de casco y coraza de acero, que hablan el romance de los libros de caballerías, quinientas leguas de selvas tropicales,

tales cual las crió naturaleza,

paraísos hostiles y salvajes, cuyos incalculables tesoros están guardados y defendidos contra la codicia del hombre por todo linaje de ardores y pestilencias de ríos y pantanos, por los tigres en la tierra, por los caimanes en el agua, por las avispas y mosquitos en el aire, como para que no haya escapatoria; por tribus pululantes, armadas de flechas venenosas, y hasta por un alevoso insectillo que no por pequeño es el menor de los enemigos, que, penetrando por los cimientos del edificio corporal, cunde por todo él con insúfribles comezones y calenturas: *Horrida omnia suavia nulla* (escribió por aquellós días Pedro Mártir de Anglería). Figuraos que tras dieciocho largos meses de semejante viaje tocáis, ¡gracias a Dios!, a las ya templadas y prometedoras serranías del Opón, tributario del Río Grande de la Magdalena, y que de allí, pasados otros y otros meses, reducidos por la fiebre, el hambre y las fieras los fabulosos expedicionarios, de novecientos que salieron de Santa Marta, a ciento cincuenta, con sesenta caballos que ha sido forzoso traer a tirón de sogas por inac-

(1) El Patriarca de las Indias.

cesibles despeñaderos, llegáis a la abundosa y siempre benigna Sabana de Bogotá, a dos mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, la tierra prometida, el corazón del *Dorado*, y que allí, ya refocilados en un ambiente y bajo un sol de primavera, entre maizales y robledos, ante horizontes que se abren y ríen como la esperanza, exclamáis a coro con esos caballeros, en palabras que pone en boca suya nuestro célebre cronista trovador andaluz Joan de Castellanos, coetáneo y testigo en parte de aquellos hechos:

*Diciendo: ¡Tierra buena!. ¡tierra buena!,
Tierra que pone fin a nuestra pena.
Tierra de oro, tierra bastecida,
Tierra para hacer perpetua casa,
Tierra con abundancia de comida,
Tierra de grandes pueblos, tierra rasa.
Tierra donde se ve gente vestida,
Y a su tiempo no sabe mal la brasa;
Tierra de bendición, clara y serena,
¡Tierra que pone fin a nuestra pena!
Tierra do se destierran las malicias
De todas estas vivas pestilencias,
Y sus valles y cumbres son propicias
A nobles, generosas influencias.*

No hay, puedo asegurároslo, exageración en estos versos.

Advertid bien que, remontando el curso de los años, nos hallamos con la fantasía en el de gracia de 1538, y en una mañana de las de allí suavísimas del mes de agosto.

La desmedrada hueste, vestida de manta y plumas del país, se halla reunida en la plaza que forman doce casucas de vara en tierra y techo de bálago, edificadas aprisa por manos de aborígenes, en memoria y reverencia de los doce Apóstoles. Oíd qué confuso vocerío de voces castellanas y chibchas, no sin acompañamiento de uno que otro relincho, señal de reconocimiento caballar de la nueva tierra; ved qué mezcla de cascos y plumones de gua-

camaya, de oxidados brazaletes de hierro y lienzos de algodón de todos colores. El jefe de la expedición, no militar profesional, sino de genio, abogado, letrado de Sevilla (fundador de la nacionalidad neogranadina colombiana, patriarca y símbolo de una gran cultura jurídica, histórica y literaria), vestido de todas armas, caballero en un consanguíneo de Rocinante, y puesto en medio de su gente, levanta su espadón descomunal, y blandiéndolo hacia los cuatro puntos cardinales, en nombre de Dios y de Su Majestad toma posesión de aquellas tierras, retando a singular combate a quien osare contradecírsele o estorbárselo.

Allí flota al viento de agosto el hábito blanco de un fraile que lleva por estandarte la imagen de Cristo Crucificado,

*Iris de paz que se puso
Entre las iras del Cielo
Y los delitos del mundo.*

Bajo entoldado de verdura se celebra el sumo sacrificio, al que por primera vez hacen salva los toches y mirlos de aquellas vírgenes enramadas. Póstranse allí, simbólicamente igualados y confundidos en una misma adoración, los súbditos de Carlos V y los de Tishquezua, indios y españoles, conquistadores y conquistados.

Así fue fundada la «muy noble y muy leal ciudad de Santa Fe de Bogotá», sede más tarde de Arzobispos, Virreyes y Presidentes, capital de la Gran Colombia, cuna de historiadores y poetas, nodriza de Caldas, cátedra de Mutis y de Humboldt, academia de artistas, patria de Caro y de Cuervo.

Así fue inaugurada en el corazón de mi tierra colombiana la obra de colonización, de fusión de razas, de civilización cristiana, la obra nunca bastante reconocida de quien tantas ejecutó a través de los siglos. ¡Españoles: por mucho que hayáis visto los portentos de que está cuajada esta tierra de las maravillas, tierra vuestra y también mía,

mientras no conozcáis la América, no conocéis la mayor de las obras maestras de nuestra madre España!

Un aficionado a escribir crónicas de su pueblo en sonetos, quiso expresar en éste el pensamiento de aquella fusión de razas, característica de la conquista española, para excepcional y señaladísima honra suya:

*Goce de Dios el noble caballero,
Coeláneo de Robledo y de Quesada,
Que en tal rincón, tras épica jornada,
Plantó la Cruz y la adoró el primero.
Colono al fin el arrogante ibero
Trocó el lanzón por la fecunda azada;
Y a su morena sucesión cruzada
Ya el romance del Cid no fue extranjero.
Como entre escorias la esmeralda brilla,
En el mozón que el carrascal desmocha
Hay rasgos de Vasconia y de Castilla;
Que mixta corre por aquestos trigos
Con la sangre del gran Quimuinchatocha
La de Mendos y Sanchos y Rodrigos.*

Permitid, señores, a la gratitud de quien ante vosotros representa a una de las jóvenes Repúblicas hijas de España, a Colombia; permitid a quien recibió de manos dominicanas el agua del bautismo y la primera comunión; a quien lleva vinculados con los más dulces afectos de la niñez los nombres de beneméritos hijos de Santo Domingo, custodios del famosísimo santuario de Nuestra Señora de Chiquinquirá; a quien sabe algo de lo mucho que deben las letras neogranadinas al preclaro historiógrafo bogotano, maestro de muchos, otros, Fray Alonso de Zamora, y al primer gramático de la lengua chibcha, Fray Bernardo de Lugo, uno de los padres de la filología hispanoamericana; permitid a quien entre muchos beneficios recuerda siempre con cariñoso entusiasmo que una de las más vastas regiones de su patria fue evangelizada por el heroísmo apostólico del dominico valenciano San Luis Beltrán, y

que otro dominico, el ilustre *Arzobispo Fray Cristóbal de Torres*, fundó en Bogotá y dotó con munificencia de príncipe uno de los mayores emporios de cultura hispanoamericana, *el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, donde, al propio tiempo que en el de San Bartolomé, fundación de otro fraile, recibió mi patria aquel caudaloso intelectualismo de que se ha ufano siempre, y lo recibió con un sello español, tan castizo y tan hondo, que, Dios mediante, nadie en el mundo podrá borrarélo nunca; permitid a quien con tales antecedentes se honra en hablarnos ante el venerable sepulcro que España y América cubren de plegarias y de flores, reclamar parte alguna de este homenaje de justicia para el humilde fraile dominico, compañero de Gonzalo Jiménez de Quesada, que en un día de agosto de 1538 levantó por primera vez la hostia viva sobre aquella meseta andina donde tiene su capital la República, de quien me glorío en ser ciudadano, que a la faz del mundo proclama en su Constitución y leyes la divina autoridad social de Jesucristo, y que en días solemnes enarbola sobre su capitolio, junto con su gloriosa bandera de tres colores, la de Carlos V y Alfonso XIII.

Pertenecía nuestro casi desconocido misionero-fundador a la misma tierra, a la misma Orden religiosa, con mucha probabilidad era de la misma sangre, y, por fin, llevaba el mismo apellido que el justamente celebrado Fray Bartolomé de las Casas. Llamábase el nuestro Fray Domingo. Uno y otro recibieron en sus mocedades las influencias cálidas e imaginativas de la maravillosa ciudad andaluza, ciudad ardiente y hechicera, selva americana de contrastes, misterios y sorpresas, que todavía hoy la América puede llamar *metrópoli de las Indias*, porque ahí está la fuente de su «psicología», ahí el peculiar acento de su idioma, ahí perduran las raíces de su población, ahí reposa el archivo de su historia.

Nuestro fraile compartió con los conquistadores las horribles fatigas de aquella expedición de titanes, los animó en ellas, instruyó a los primeros neófitos chibchas, bendijo los primeros matrimonios entre españoles e indios, bautizó al cacique de Suba, amigo y aliado de aquellos, y lo auxilió en su temprana muerte, y compuso las diferencias codiciosas entre los jefes de las tres expediciones descubridoras llegadas, cual si se dieran cita, al territorio muisca, impidiendo que viniesen a las manos y se malograra el fruto de tantos trabajos; hizo, pues, en ignoradas regiones y sin gloria, mucho de lo que en inflamados libros proponía, y amonestaba sin medida ni descanso, con arrebatada ardentía de caballero andante, su ilustre homónimo el *Protector de los indios*.

¡Glorioso título éste y para envidiado, si los hubo en la Historia!

Fray Bartolomé de las Casas, naturaleza generosa, imaginación de fuego, filósofo de severísima escuela y altas idealidades, a quien la codicia, la crueldad, la opresión de los débiles, la injusticia en cualquiera forma, sublevaba con indignación caballeresca, soñó una humanidad sin pasiones y casi, casi sin necesidades, y concibió una manera de conquista pacífica y fraternal, una edad de oro evangélica, apenas realizable dentro de excepcionales circunstancias en este bajo mundo. ¡Noble ensueño, propio de una grande alma y de una nación que por manos de frailes, por las de los Vitorias y los Suárez, echó las bases incommovibles del derecho internacional, y que, bajo forma novelesca, dejó retrato del más bello de sus aspectos en el mayor libro de filosofía simbólica que leyeron los pasados siglos ni leerán los venideros!

Ni fue aquel un ensueño estéril; no quedaron inútiles para el bien de la sociedad humana, y singularmente para la causa de los aborígenes americanos, aquellas fulminantes diatribas contra la iniquidad, cierta o exagerada; aunque, por otra parte, la ruin envidia, ayudada de la igno-

rancia, echase mano de ellas, sin que lo previera su magnánimo autor, para tejer contra la nación civilizadora por excelencia una *leyenda negra*, que ilustres plumas extranjeras, no sospechosas de parcialidad, han convencido ya de ingrata y calumniosa impostura.

Fruto de los desvelos apostólicos de Fray Bartolomé de las Casas y sus precursores es en buena parte ese monumento de previsión, de justicia y de misericordia, honor de los Reyes de España, que se llama la Legislación de Indias, de que restan memorias vivas en nuestras *estancias* y vestigios en nuestra jurisprudencia.

Si conquistadores españoles, hombres de carne y hueso, y hombres de guerra, y hombres de su siglo, y hombres empeñados en hazañas de temeridad sin ejemplo, mancharon a veces sus heroísmos con actos que la moral y la humanidad reprueban, fueron al mismo tiempo misioneros españoles, ahí está en primer término el mismo Las Casas para testimonio, quienes los contuvieron, quienes los reprendieron y acusaron, y quienes adoctrinaron y civilizaron las tribus salvajes, creando las admirables *doctrinas* y *reducciones*, núcleos de nuestras ciudades y pueblos de hoy, que yo conozco a centenares, y quienes salvaron y conservaron para la civilización las razas aborígenes; fueron esos misioneros españoles, protegidos siempre por los Reyes y muchas veces auxiliados por los gobernantes diputados suyos, quienes difundieron por todas esas razas, amalgamándolas entre sí y con la raza conquistadora, la levadura de la gran civilización de la metrópoli, la civilización cristiana, la única total y verdadera civilización que existe.

Conquistadores españoles derramaron en mal hora sangre inocente; yo, nieto de españoles, español de América, español de Colombia, lo confieso y lo deploro; pero reconozco también que la sangre española, esta que me golpea en el corazón y me hierve en las venas, es el cemento con que está edificada la civilización de América.

Yo, ciudadano de una República, bendigo con todo el fervor de mi alma la gran civilización que bajo el cetro de los reyes produjo la nuestra, y me inclino reverente ante esta monarquía de Isabelas y Fernandos, de Carlos y Felipes, de Alfonsos y Cristinas, gloriosa monarquía de cuyas entrañas nacieron veinte Repúblicas.

Represento aquí en este homenaje, a mis conciudadanos, españoles de pura sangre los más, y los otros indios, o puros o mestizos, o, según allá decimos, *criollos*. Estos, como aquéllos, bendicen a Dios y reclaman briosamente sus derechos en lengua castellana, la de Quesada y de Bolívar, que hablan con notable pureza y gracia. Los conozco bien; me honro con la amistad de muchos de ellos, hombres ilustres algunos, o dignos de serlo; abogados, médicos, periodistas, finos políticos, industriales. Los he oído y aplaudido en cabildos y congresos, y aun he brindado en verso por nuestros heroicos indios boyacenses, soldados incomparables en nuestra guerra de emancipación, y siempre grandes soldados e insignes trabajadores; no sin que alguien, creyéndose aludido y no lisonjeándose de su descendencia, no bien demostrada, de Zaqueo del Tundama, y prefiriendo descender de algún Quesada o Robledo, Heredia o Bastidas, se haya dado por ofendido con mi obsequioso brindis. ¡En tanto se estima en mi patria la noble ascendencia española!

Mis ilustres colegas americanos, de quienes me glorío en ser conciudadano y hermano, porque ellos y yo tenemos una misma excelsa Madre, pueden testificar cómo conservó, adoctrinó y civilizó ella a las respectivas naciones o tribus aborígenes, allá, desde las pirámides hieráticas de Moctezuma hasta el Cuzco y soberbio imperio del Inca, y de ahí a los moxos y guaraníes y

A la región antártica famosa
inspiradora de Ercilla, donde los Valdivias

A la nación de Arauco, no domada,
Pusieron duro yugo por la espada.

En la ilustre compañía de mis colegas querría depositar yo, en vez de laureles y olivos de Europa, gajos simbólicos de ahuehetes, cámbulos y ñandubayes, y flores de extraños nombres y delicadas formas, copigües y curuberas, plantas americanas, sobre la tumba del glorioso *Protector de los indios*.

La estatua de Fray Bartolomé de las Casas es un monumento a la civilización española.

Las tribus que, conservadas, y hoy todavía evangelizadas por misioneros españoles, guardan sus costumbres y hablan sus dialectos, guaraníes, quechuas, aimaras, guahibos, y las que se fundieron con la raza de Hernán Cortés y de Pizarro, y se expresan en el idioma de Santa Teresa y de Cervantes, forman con sus voces un coro tan grande, que ante él se van apagando los últimos ecos de esa *leyenda negra* contada a tambor batiente durante tres siglos contra la madre España, la nación civilizadora por excelencia.

JOSÉ JOAQUÍN CASAS